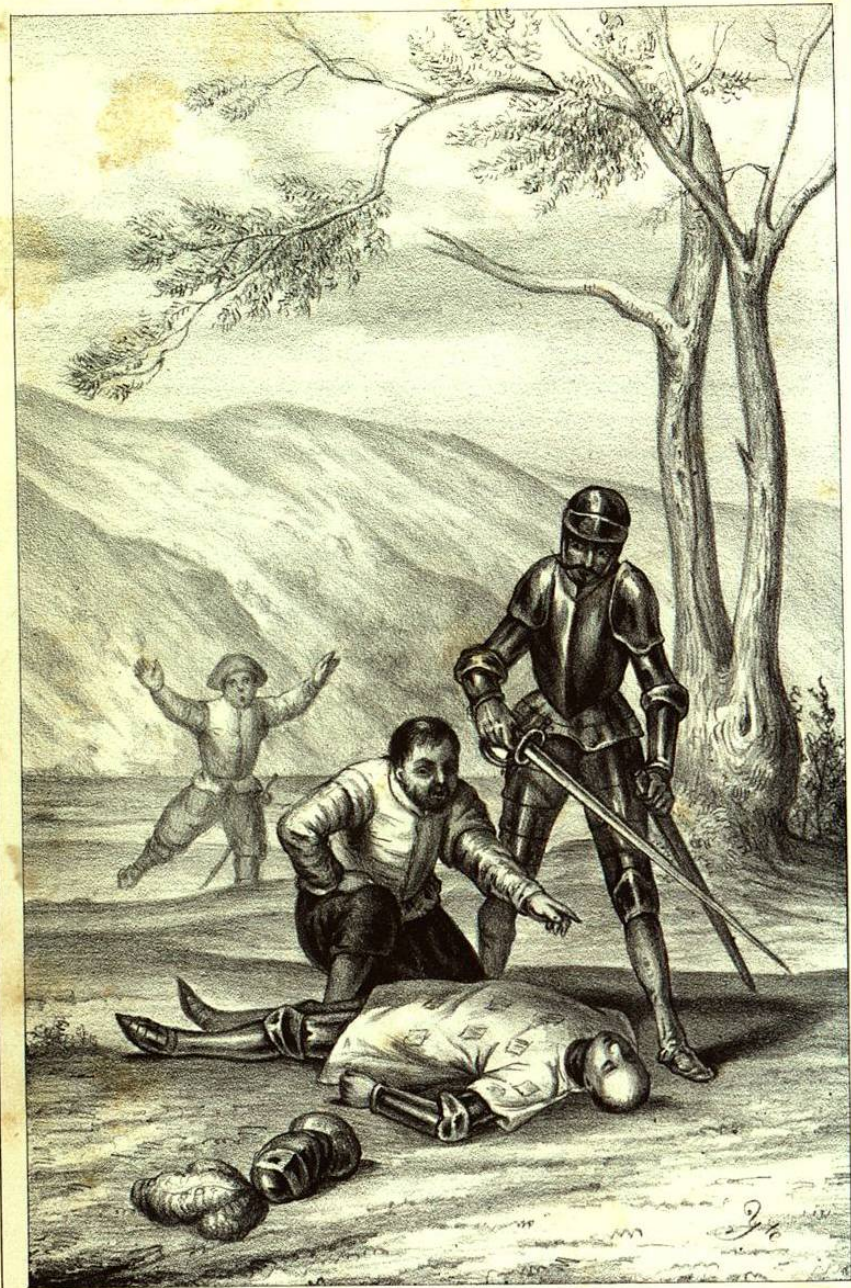


no podia moverse. Don Quijote, que le pareció que ya su enemigo venia volando, arrimó reciamente las espuelas á las trasijadas hijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia, que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demas siempre fueron trotes declarados, y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba hincando á su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde habia hecho estanco de su carrera. En esta buena sazon y coyuntura halló Don Quijote á su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca, ó no acertó, ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, á salvamano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caida, que sin mover pié ni mano dió señales de que estaba muerto. Apenas le vió caido Sancho, cuando se deslizó del alcornoque, y á toda prisa vino donde su señor estaba, el cual apeándose de Rocinante fué sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto, y para que le diese el aire, si acaso estaba vivo, vió... ;quién podrá decir lo que vió, sin causar admiracion, maravilla y espanto á los que lo oyeren! Vió, dice la historia, el rostro mesmo, la mesma figura, el mesmo aspecto, la mesma fisonomía, la mesma efigie, la perspectiva mesma del Bachiller Sanson Carrasco, y así como la vió, en altas voces dijo:—Acude, Sancho, y mira lo que has de ver, y no lo has de creer: aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores. Llegó Sancho, y como vió el rostro del Bachiller Carrasco, comenzó á hacerse mil cruces y á santiguarse otras tantas. En todo esto no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo á Don Quijote:—Soy de parecer, señor mio, que por sí ó por no, vuesa merced hincue y meta la espada por la boca á este que parece el Bachiller Sanson Carrasco, quizá matará en él á alguno de sus enemigos los encantadores.—No dices mal, dijo Don Quijote, porque de los enemigos los menos; y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habian hecho, y á grandes voces dijo:—Mire vuesa merced lo que hace, señor Don Quijote, que ese que tiene á los piés, es el Bachiller Sanson Carrasco su amigo, y yo soy su escudero: y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera, le dijo:—¿Y las narices? A lo que él respondió:—

Aquí las tengo en la faldriquera, y echando mano á la derecha, sacó unas narices de pasta y barniz, de máscara, de la manufactura que quedan delineadas, y mirándole mas y mas Sancho, con voz admirativa y grande, dijo:—¡Santa María, y valme! ¿Este no es Tomé Cecial mi vecino y mi compadre?—Y como sí lo soy, respondió el ya desnarigado escudero: Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza, y luego os diré los arcaduces, embustes y enredos por donde soy aquí venido, y en tanto pedid y suplicad al señor vuestro amo, que no toque, maltrate, hiera, ni mate al caballero de los Espejos que á sus piés tiene, porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado el Bachiller Sanson Carrasco nuestro compatrioto. En esto volvió en sí el de los Espejos, lo cual visto por Don Quijote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dijo:—Muerto sois, caballero, si no confesais que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia, y demas de esto habeis de prometer, si de esta contienda y caída quedáredes con vida, de ir á la ciudad del Toboso y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntad le viniere: y si os dejare en la vuestra, asimesmo habeis de volver á buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirá de guía, que os traiga donde yo estuviere, y á decirme lo que con ella hubiéredes pasado: condiciones que conforme á las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballería.—Confieso, dijo el caido caballero, que vale mas el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas aunque limpias, de Casildea, y prometo de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedis.—Tambien habeis de confesar y creer, añadió Don Quijote, que aquel caballero que vencísteis no fué ni pudo ser Don Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecia, como yo confieso y creo que vos, aunque pareceis el Bachiller Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento.—Todo lo confieso, juzgo, y siento, como vos lo creéis, juzgais y sentís, respondió el derregado caballero: dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que asaz maltrecho me tiene. Ayudóle á levantar Don Quijote y Tomé Cecial su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifies-



tas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decia; mas la aprension que en Sancho habia hecho lo que su amo dijo, de que los encantadores habian mudado la figura del caballero de los Espejos en la del Bachiller Carrasco, no le dejaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente se quedaron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero mohinos y mal andantes se apartaron de Don Quijote y Sancho, con intencion de buscar algun lugar donde vizmarle y entablarle las costillas. Don Quijote y Sancho volvieron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los deja la historia, por dar cuenta de quien era el caballero de los Espejos y su narigante escudero.

